

Vida versus progreso

La función de los inventos es elevar, ensanchar, enriquecer y mejorar la vida. Sin embargo, la civilización occidental ha venido considerando el mejoramiento de la vida humana como superación en términos materiales, económicos especialmente. Al reducir los grandes ideales a angostos esquemas económicos, hemos subvertido los objetivos de nuestra civilización y los objetivos de nuestra vida. El proceso nos ha costado la tergiversación de la historia de la tecnología y en particular el falseamiento de la noción de invento.

En efecto, la pléthora de invenciones en la civilización occidental es impresionante, pero estas invenciones tienden a ser monotípicas: invenciones mecánicas ordenadas a incrementar la propia eficacia de su ejecución. En nuestro contexto temporal y local, las invenciones se resuelven en dispositivos que ahorran esfuerzos en virtud de una intensificación en su eficacia. Así, el proceso de invención se reduce a una noción materialista y mecanicista en la que observamos que se hallan implícitos los elementos que definen nuestra civilización: afinidad con la noción de adquisición e idea de naturaleza que debe conquistarse, remisión a un progreso material, y referencia a una mejora del nivel de vida a través de la eficacia tecnológica de los útiles materiales.

En resumen, el acto de inventar se convierte en acto de invención tecnológica. Entonces, y sólo entonces, la invención se hace innovación: un proceso inducido y parcialmente controlado para intensificar el ritmo de la eficacia.

El descubrimiento de nuevos estilos de pintura, música o escultura, que inundan de placer los sentidos y aquietan o inquietan el ánimo, el hallazgo de nuevos esquemas filosóficos de explicación del mundo, que reporten seguridad psicológica y rememoren nuestro afán de saber, el desarrollo y profundización de los sistemas ideológicos, que solidifiquen las referencias y el soporte moral que orientan la acción individual y social, quedan lejos del ámbito conceptual del «inventar».

Los inventos, lejos de contribuir a la afirmación de la humanidad, la está deshumanizando. En el pasado, una tecnología relativamente sencilla conducía a espléndidos resul-

tados concretos, en tanto que la compleja e intrincada tecnología de hoy, apenas si consigue un menguado resultado. Las vidrieras de la catedral de Chartres, los mosaicos de la mezquita de Omar, por ejemplo, débense a tecnologías rudimentarias con unos éxitos espléndidos y acabados. Nuestras tecnologías han producido el Empire State Building, el Jumbo Jet y el cepillo de dientes eléctrico.

Hay otros muchos ejemplos que ponen de relieve aspectos menos triviales de la tecnología moderna. Pero el balance general muestra con creces la trivialización incesante de nuestra vida a través de tecnologías cada vez más complicadas.

Resumiendo, la historia de los inventos de una sociedad y una civilización dadas, se halla intrínsecamente relacionada con los valores y los objetivos sociales de esa civilización. Nuestros valores e ideales, poderosamente condicionados por la idea de progreso material, nos han movido a proteger, si no adorar, un tipo concreto de invención, la invención mecánica, herramienta de una eficacia que actúa incesantemente en la naturaleza física. La obsesión por los inventos mecánicos nos ha atrofiado la aptitud y el deseo de otro tipo de invenciones.

A simple vista se percibe que hemos seguido un camino erróneo. Hemos prestado demasiada atención al desarrollo de un tipo de instrumentalización, a saber, la representada por herramientas mecánicas y físicas.

A resultados de lo cual, toda la homósfera se encuentra saturada de dispositivos ordenados a una economía de energía física a expensas de los demás útiles. La atmósfera en que nos hallamos nosotros, es decir, nuestra civilización, se ha vuelto un corsé muy rígido, porque los instrumentos mecánicos son baratos, rígidos y determinísticos. Nuestra inoperancia a la hora de enfrentarnos con la naturaleza de forma adecuada, nuestra incapacidad para desarrollar armónicamente las estructuras sociales, débese parcialmente, por lo menos, a esa instrumentalización unilateral, a la preocupación excesiva por los instrumentos de un solo tipo: mecánicos, físicos y determinísticos.

La contaminación industrial y las investigaciones específicas subvencionadas y desti-

nadas al perfeccionamiento de la máquina bélica, es decir, a la mayor capacidad de aniquilamiento humano, han supuesto un giro maquiavélico en la historia del progreso. Los inventos sirven así a la causa de la industria de la muerte y no a la causa del mejoramiento de las condiciones humanas. Vida versus progreso, esta es la cuestión.

La andadura del progreso ha sido una empresa elitista por antonomasia. No sólo se ha explotado al pueblo y zonas de la tierra se han quedado al margen del mágico cuadrilátero del progreso, sino que incluso en su interior pocos han sido los que realmente se han beneficiado de él.

La metafísica del progreso parte de un sistema filosófico explotador y parasitario. El progreso sirve de parapeto a la locura del hombre occidental que manipula sin tiento el mundo exterior. Si tales palabras sonaran duras, fijémonos en nuestra situación actual, miremos qué atropellos se están cometiendo hoy bajo los auspicios del progreso, y a qué precio. Que hayamos creído eufóricamente todos en el progreso no presupone nada acerca de su bondad. También la Santa Inquisición creía ser la personificación del bien y de la virtud.

Hemos destruido otras culturas, estamos agotando los recursos naturales, hemos provocado el desequilibrio ecológico, hemos creado la insalubridad y modos de vida insanos, hemos creado máquinas bélicas capaces de destruir el mundo.

La medicina moderna es algo admirable, pero ha perdido la visión integral del hombre; vivimos más tiempo, pero en una vida de peores; vivimos con más confort, pero a veces perdiendo la propia salud por alcanzar los niveles del confort ansiado; viajamos más rápidamente, pero a veces desde un medio de plástico, creado por el hombre, a otro de trapo, abandonado cruelmente por el mismo hombre.

Este es el legado del progreso. Nuestras opciones fundamentales han disminuido, dejando paso al incremento de opciones artificiales. El progreso material ha homogeneizado el mundo. He ahí la cruz de la materia.

(*) *Psiquiatra*

Irurac bat

«La comunidad internacional y todos los Estados tienen el deber jurídico no sólo de no oponerse y de no dificultar el ejercicio del derecho a la libre determinación, sino también la obligación positiva de ayudar al logro de su efectividad, promoviendo su ejercicio y cooperando por todos los medios para que los pueblos sometidos a una dominación colonial y extranjera alcancen su independencia... El derecho a la autodeterminación es un derecho humano fundamental, al mismo tiempo que la condición necesaria para la existencia de todos los otros derechos y libertades» (H. Gros Espiell).

Nazio-arazoa dagoen lekuetan, Autodeterminazioik hasten da Demokrazia. Espainiako Konstituzioak ukatu egiten du eskubide sakratu hori. Hego-Euskal Herriari, beraz, DEMOKRAZIA HELDU ZAI GAUDE.

Hots, Ajuria-Enea-ko «Paktoak», eta ondoren etorri diren guztiak, Konstituzio horren errespetuan funtsatzen dira.

Pakto eta «Bloque» horiek guztiak, beraz, ANTI-DEMOKRATIKOAK dira. Egunero garaitzen den «Bloque democrático» horrek, Demokraziaren etorrera trabatzen du, hain zuzen; oinarritzat Autodeterminazio eskubidea ukatzen duen legekeria hartua duelako.

Hemen, bai 1839an, bai 1876an, bai 1937an, eta bai 1978an, enbutuaren legea aplikatu onar-erazi zaito gure herriari kanpotik ezarri zaion lege-marko bat. Alde honetatik, egoera inperialista hutsean bizi garela esan behar da. Eta A.D. eskubidearen ukarea da egoeraren irudirik argitsuena.

Gure arteko salduak, «Bloque anti-democrático» guztiak txalotzen dituzten alderdi «harki»-ek, «unidad constitucional» delako hori onartzen dute; euskal kartismoak berak onartu ez zuen oinarria onartuz. PNVa, hitz batez, hypo-karlista da, kartismoa baino espagnolistagoa; eta ez da batera hartzeko PNVko botate askok datorren 28an boza frangari ematea.

«Irurac bat» 1990an? Berriro ere? Utikan!

TXILLARDEGI

cartas

Las generaciones de la visión

Quando miles de jóvenes y mayores, de nietos y abuelos, encendieron bengalas en homenaje a los gudarís por la independencia de Euskadi la otra noche, corrían por mi mente las palabras en el monumento a los voluntarios de la lucha por la independencia de Irlanda, que dicen:

«En la oscuridad de la desesperanza, vivimos una visión./Encendimos la luz de la esperanza./y no se apagó./En el desierto del desánimo, vivimos una visión./Plantamos el árbol de la valentía./y floreció./En el invierno de la esclavitud, vivimos una visión./Derretimos la nieve del letargo/y ella nació el río de la resurrección./Sobre aquel río, como cisne,/se deslizó nuestra visión./Y la visión se convirtió en realidad./El invierno se convirtió en verano./La esclavitud en libertad./Y eso os dejamos como herencia./Oh generaciones de la libertad,/acordaos de nosotros,/las generaciones de la visión».

Aún no somos la generación de la libertad. Pero seremos. Y no olvidaremos a las generaciones que mantuvieron viva nuestra visión. A los cientos y miles que han preferido la cárcel y el exilio a la deshonra.

Y trataremos de olvidar los nombres de los que por unas piezas de plata, colaboraron con el opresor; se deshonraron, se vendieron. Los que no vieron más allá de su comodidad. ARATZ

La medicina al servicio de la represión

La utilización de la ciencia aplicada a la salud, siempre ha tenido dos tendencias: por un lado con fines humanitarios, para salvar vidas; y por otro como elemento alternativo a fines totalmente opuestos.

Según lo anterior, y como norma más generalizada, los avances de la medicina han ido emparejados a una estabilidad y beneficio de la humanidad, pero esto no ha sido

siempre así.

Retrocediendo en el tiempo, vemos cómo en la II Guerra Mundial la medicina era empleada por la Gestapo en los campos de concentración con una intencionalidad destructiva dentro del conjunto de presos de guerra; con continuos experimentos macabros cuyo único fin no era otro que averiguar hasta qué punto llegaba en el aguiote humano y de esta forma conseguir unos mejores métodos de destrucción psíquicas y físicas.

Esto, que fue y es repudiado por todas las mentes puras, se está realizando de una forma más encubierta en nuestra sociedad y más concreto en sus cárceles de exterminio, donde diariamente se «experimenta» con los presos políticos vascos. La falta de atención médica y negligencia dentro de las mismas es un claro ejemplo de la no utilización de la ciencia médica para lo que se creó.

Esto sirve de introducción para denunciar un caso concreto, aunque nunca aislado, de un preso político vasco, el joven portugués Ander Urizarrena.

La historia comienza cuando después de hacerle unas pruebas de tuberculosis rutinarias, ésta le «prende». El médico le avisa de la posibilidad de ser trasladado al hospital de Manzanares con el fin de hacerle unas pruebas más exhaustivas (placas y demás) a fin de asegurarse que realmente no hay de qué asustarse. El traslado empieza a demorarse y cuando al médico se le pregunta de nuevo que hay de los análisis que se le iban a hacer, éste le informa que no son necesarias más pruebas y que todo está bien, que no hay peligro. (Comportamiento erróneo. Si a cualquiera de los que estamos en la calle nos pasa eso, se nos hacen los correspondientes análisis para evitar el peligro, con más motivo habría de hacerse las a un preso, ¿no?).

Este caso particular de falta de asistencia médica adecuada, al igual que tantos otros que se están dando en estos momentos en las cárceles españolas, no son solamente producto de una incompetencia médica, sino más bien de un sistema muy bien planificado y estudiado con una única finalidad que es

otra que la destrucción física de la persona, y en su defecto una presión psíquica que disminuya la capacidad combativa del individuo.

Esto no pretende ser una denuncia alarmista sino que, por el contrario, se halla basada en hechos ya consumados. No hay que olvidar la muerte de «Kirruli» producida por una simple tuberculosis.

En la II Guerra Mundial, la Gestapo firmó miles de certificados de defunción con una simple coletilla «muerto por... infarto, pulmonía, etc.».

¿No estaremos ante una nueva forma de eliminación física?

Mikel GAZTANAGA

NOTA DE LA REDACCION

El poco espacio de que disponemos para esta sección de «cartas» hace que no podamos publicar más que una mínima parte de las que llegan a esta redacción. Así pues, solicitamos a nuestros lectores que los textos destinados a esta sección no excedan de 30 líneas mecanografiadas.